

“Cuenta un cuento o una historia y, en los días siguientes, haz que los Niños lo lleven a su consciencia al hablar y tratar sobre aquello. Si ahora, a esto que han recordado, tratado y “hecho suyo”, le añadimos una sencilla melodía o una pequeña interpretación, recitación, etc., ésta será cantada, recitada o sentida por los Niños con tal entusiasmo y dedicación que les penetrará hasta el corazón, lo mismo que dicho cuento o historia. Esto sucede también cuando enseñamos algo abstracto a través de la música o, en general, a través del arte” v.g.s.

## LA ABEJA AFANOSA

2º-3º

Anónimo  
Letra inspirada en Gloria Fuertes

The musical score is written for voice and piano. It consists of three systems of music. The first system (measures 1-4) features a vocal line with lyrics: '1. Can - sa - da se a - le - ja la a - be - ja, can - bus -'. The piano accompaniment consists of simple chords. The second system (measures 5-8) continues the vocal line: 'sa - da se a - le - ja o - tra vez. Can - can - do las flo - res del mes. 2. Ya es vie - ja la a - be - ja pe - que - ja la a - be - ja en la'. The piano accompaniment continues with similar chords. The third system (measures 11-14) includes two first endings: '1. lle - ja, no pue - de su po - len te - ner. 3. Se re - ja, se que - da per - ple - ja y sin miel. 1. Can -'. The score concludes with a 'FIN' marking and a 'Signo' symbol.

<https://ideaswaldorf.com/salvemos-la-abeja/>

Había una vez en una colmena una abeja que no quería trabajar, es decir, recorría los árboles uno por uno para tomar el jugo de las flores; pero en vez de conservarlo para convertirlo en miel, se lo tomaba del todo.

Era, pues, una abeja haragana. Todas las mañanas, apenas el sol calentaba el aire, la abejita se asomaba a la puerta de la colmena, veía que hacía buen tiempo, se peinaba con las patas, -como hacen las moscas-, y echaba entonces a volar, muy contenta por el lindo día. Zumbaba muerta de gusto de flor en flor, entraba en la colmena, volvía a salir, y así se pasaba el día, mientras las otras abejas se mataban trabajando para llenar la colmena de miel, porque la miel es el alimento de las abejas recién nacidas.

Cómo las abejas son muy serias, comenzaron a disgustarse con el proceder de la hermana haragana. En la puerta de las colmenas hay siempre unas cuantas abejas que están de guardia para cuidar que no entren bichos en la colmena. Estas abejas suelen ser muy viejas, con gran experiencia de la vida, y tienen el lomo pelado porque han perdido todos sus pelos al rozarse contra la puerta de la colmena.

Un día pues, detuvieron a la abeja haragana cuando iba a entrar, diciéndole:

*"Compañera, es necesario que trabajes, porque todas las abejas debemos trabajar".*

La abejita contestó:

*"Yo ando todo el día volando y me canso mucho".*

*"No es cuestión de que te canses mucho"- respondieron-*

*"Sino de que trabajes un poco. Es la primera advertencia que te hacemos."*

Y diciendo así la dejaron pasar.

Pero la abeja haragana no se corregía. De modo que, a la tarde siguiente, las abejas que estaban de guardia le dijeron:

*"Hay que trabajar, hermana".*

Y ella respondió enseguida:

*"¡Uno de estos días lo voy a hacer!"*

*"No es cuestión de que lo hagas uno de estos días"- le respondieron -"sino mañana mismo. Acuérdate de esto".*

Y la dejaron pasar.

Al anochecer siguiente se repitió la misma cosa. Antes de que le dijeran nada, la abejita exclamó:

*"¡Sí, si hermanas! ¡Ya me acuerdo de lo que he prometido!"*

*"No es cuestión de que te acuerdes de lo prometido"-le respondieron-, sino de que trabajes"*

*"Hoy es 19 de abril. Pues bien, trata de que mañana, 20, hayas traído una gota siquiera de miel. Y ahora pasa".*

Y diciendo esto, se apartaron para dejarla entrar. Pero el 20 de abril pasó en vano como todos los demás. Con la diferencia de que, al caer el sol, el tiempo se descompuso y comenzó a soplar un viento frío.

La abejita haragana voló apresurada hacia su colmena, pensando en lo calentita que estaría allí adentro. Pero cuando quiso entrar, las abejas que estaban de guardia se lo impidieron.

-*"No se entra"*- le dijeron fríamente.

-*"¡Yo quiero entrar!"*. clamó la abejita -*"Esta es mi colmena.*

-*"Ésta es la colmena de unas pobres abejas trabajadoras"* -le contestaron las otras-

-*"No hay entrada para las haraganas"*.

-*"¡Mañana sin falta voy a trabajar!"*, insistió la abejita.

-*"No hay mañana para las que no trabajan"* -respondieron las abejas que saben mucha filosofía.

Y diciendo esto, la empujaron afuera.

La abejita, sin saber qué hacer, voló un rato aún; pero ya la noche caía, y se veía apenas. Quiso asirse de una hoja, y cayó al suelo. Tenía el cuerpo entumecido por el aire frío, y no podía volar más.

Arrastrándose entonces por el suelo, trepando y bajando de los palitos y piedrecitas, que le parecían montañas, llegó a la puerta de la colmena, a tiempo que comenzaban a caer frías gotas de lluvia.

-*"¡Ay mi dios!"* - exclamó la desamparada - *"Va a llover, y me voy a morir de frío"* -E intentó entrar en la colmena. Pero de nuevo le cerraron el paso.

- *"¡Perdón!"* -gimió la abeja- *"¡Déjenme entrar!"*

-*"Ya es tarde"* -le respondieron.

-*"¡Por favor hermanas! ¡Tengo sueño!"*

-*"Es más tarde aún"*.

-*"¡Compañeras, por piedad! ¡Tengo frío!"*

-*"Imposible"*

*"¡Por última vez! ¡Me voy a morir!"*

Entonces le dijeron:

-*"No, no morirás. Aprenderás en una sola noche lo que es el descanso ganado con el trabajo. Vete."* -Y la echaron.

Entonces, temblando de frío, con las alas mojadas y tropezando, la abeja se arrastró, se arrastró hasta que de pronto rodó por un agujero; cayó rodando, -mejor dicho-, al fondo de una caverna.

Creó que no iba a concluir nunca de bajar y bajar. Al fin llegó al fondo, y se halló bruscamente ante una víbora, una culebra verde de lomo color ladrillo, que la miraba enroscada y presta a lanzarse sobre ella.

En verdad, aquella caverna, era el hueco de un árbol habían trasplantado que hacía tiempo, y que la culebra había elegido de guarida.

Las culebras comen abejas y les gustan mucho. Por esto la abejita, -al encontrarse ante su enemiga-, murmuró cerrando los ojos:

-*¡Adiós mi vida! Esta es la última hora que yo veo la luz*".

Pero con gran sorpresa suya, la culebra no solamente no la devoró, sino que le dijo:

-*¿Qué tal abejita? No has de ser muy trabajadora para estar aquí a estas horas?*

-*Es cierto*" - murmuró la abeja. "*No trabajo, y yo tengo la culpa*".

-*Siendo así*" -agregó la culebra, burlona –"*voy a quitar del mundo a un mal bicho como tú. Te voy a comer, abeja*".

La abeja, temblando, exclamó entonces:

-*¡No es justo, eso, no es justo! No es justo que usted me coma porque es más fuerte que yo. Los Hombres saben lo que es justicia.*"

-*¡Ah, ah!*" -exclamó la culebra, enroscándose ligera –

-*¿Tú conoces bien a los Hombres? ¿Tú crees que ellos, que les quitan la miel a ustedes, son más justos, grandísima ignorante?*"

-*No, no es por eso que nos quitan la miel*" -respondió la abeja.

- *¿Y por qué entonces?*"

- *Porque son más inteligentes*"

Así dijo la abejita. Pero la culebra se echó a reír exclamando:

-*¡Bueno! Con justicia o sin ella, te voy a comer; apróntate*".

Y se echó atrás, para lanzarse sobre la abeja, pero esta exclamó:

-*Usted hace eso porque es menos inteligente que yo*".

- *¿Yo, menos inteligente que tú, mocosa?*- se rió la culebra.

-*Así es*" -afirmó la abeja.

-*Pues bien*" -dijo la culebra

-*Vamos a verlo. Vamos a hacer dos pruebas. El que haga la prueba más rara, ése gana*".

-*Si gano yo, te como*".

- *¿Y si gano yo?*" -preguntó la abejita.

-*Si ganas tú*" -repuso la enemiga-, "*tienes el derecho de pasar la noche aquí; hasta que sea de día*".

-*"¿Te conviene?"*

- *"Aceptado"* -contestó la abeja.

La culebra se echó a reír de nuevo, porque se le había ocurrido una cosa que jamás podría hacer una abeja. Y he aquí lo que hizo:

Salió un instante afuera, tan velozmente, que la abeja no tuvo tiempo de nada. Y volvió trayendo una cápsula de semillas de un eucalipto que estaba al lado de la colmena y que le daba sombra.

Los muchachos hacen bailar como trompo esas cápsulas, y les llaman trompitos de eucalipto.

-*"Esto es lo que voy a hacer"* -dijo la culebra-, *"¡Fíjate bien, atención!"*

Y enrollando vivamente la cola alrededor del trompo como un piolín, la desenvolvió a toda velocidad, con tanta rapidez que el trompito quedó bailando y zumbando como un loco.

La culebra se reía, y con mucha razón, porque jamás una abeja ha hecho ni podrá hacer bailar un trompito. Pero cuando el trompito, que se había quedado dormido zumbando, como les pasa a los trompos de naranjo, cayó por fin al suelo, la abeja dijo:

-*"Esa prueba es muy linda, y yo nunca podré hacer eso"*

-*"Entonces, te como"* -exclamó la culebra.

-*"¿Un momento! Yo no puedo hacer eso; pero puedo hacer una cosa que nadie hace"*.

-*"¿Qué es eso?"*

- *"Desaparecer"*.

-*"¿Cómo?"* -exclamó la culebra, dando un salto de sorpresa.

-*"Desaparecer sin salir de aquí?"*-

*"Sin salir de aquí"*.

-*"¿Y sin esconderte en la tierra?"*

-*"Sin esconderme en la tierra"*

*"¡Pues bien, hazlo! Y si no lo haces, te como enseguida"* - dijo la culebra.

El caso es que mientras el trompito bailaba, la abeja había tenido tiempo de examinarla caverna, y había visto una plantita, que crecía allí. Era un arbustito, con grandes hojas, del tamaño de una moneda de diez centavos. La abeja se arrimó a la plantita, teniendo cuidado de no tocarla, y dijo:

-*"Ahora me toca a mí, señora culebra. Me va a hacer el favor de darse la vuelta, y contar hasta tres. Cuando diga "tres", búsqieme por todas partes, ¡ya no estaré más!"*

Y así pasó, en efecto. La culebra dijo rápidamente:

-*"Uno .... dos ..., tres"*, y se volvió, abrió la boca cuán grande era, de sorpresa: allí no había nadie. Miró arriba, abajo, a todos lados, recorrió los rincones, la plantita, tanteó todo con su lengua. Inútil: la abeja había desaparecido.

La culebra comprendió entonces, que, si su prueba trompito era muy buena, la prueba de la abeja era simplemente extraordinaria. ¿Qué había hecho? ¿Dónde estaba?  
No había modo de hallarla.

-*¡Bueno!* -exclamó al fin -, *"Me doy por vencida"*. *"¿Dónde estás?"*

Una voz que apenas se oía –la voz de la abejita – salió del medio de la cueva.

-*¿No me vas a hacer nada?* -dijo la voz.

-*¿Puedo contar con tu juramento?"*

-*Sí"* -respondió la culebra –*"Te lo juro. ¿Dónde estás?"*

-*Aquí"* - respondió la abejita, apareciendo súbitamente de entre una hoja cerrada .

*¿Qué había pasado?* Pues una cosa muy sencilla: la plantita en cuestión era una planta sensitiva, muy común en ese lugar, y que tiene la particularidad de que sus hojas se cierran a menor contacto. Las hojas de aquella planta eran particularmente grandes y al contacto de la abeja, se cerraron, ocultando completamente al insecto.

La inteligencia de la culebra no había alcanzado nunca a darse cuenta de este fenómeno; pero la abeja lo había observado, y se aprovechó de él para salvar su vida.

La culebra no dijo nada, pero quedó muy irritada con su derrota, tanto que la abeja pasó toda la noche recordando a su enemiga la promesa que le había hecho de que la iba a respetar.

Fue una noche larga, interminable, en la que las dos pasaron arrimadas contra la pared más alta de la caverna, porque una tormenta se había desencadenado, y el agua entraba como un río adentro.

Hacía mucho frío, además, y adentro reinaba la oscuridad más completa. De cuando en cuando la culebra sentía impulsos de lanzarse sobre la abeja, y ésta creía entonces llegado el término de su vida.

Nunca, jamás, creyó la abejita que una noche podría ser tan fría, tan larga, tan horrible. Recordaba su vida anterior, durmiendo noche a noche en la colmena bien calentita, y lloraba entonces en silencio.

Cuando amaneció el día, y salió el sol, porque el tiempo se había arreglado, la abejita voló y lloró otra vez en silencio ante la puerta de la colmena hecha por el esfuerzo de la familia. Las abejas de guardia la dejaron pasar sin decirle nada, porque comprendieron que la que volvía no era la paseandera haragana, sino una abeja que había hecho en sólo una noche un duro aprendizaje de la vida.

Así fue, en efecto. En adelante, ninguna como ella recogió tanto polen ni fabricó tanta miel, dándose cuenta que trabajando se hacía más fuertes porque lo hacía con muchas ganas y sabiendo que al ayudar a toda la colmena, ella estaba más contenta y feliz.

Aportación de Carlos Salcedo T.